

**EMILIO
BUESO
SUBSOLAR**



Esta es la historia de como reunimos a las huestes de los pueblos libres para arrasar la gran colonia. De como recorrimos el desierto del mediodía en una caravana de escorpiones, en una alfombra voladora, en el Desert Express o surcando las corrientes freáticas que conectan los oasis. Y de la batalla del amanecer eterno, que remató nuestro periplo con gloria y muerte, y que trató de cambiarlo todo para siempre.

Si utilizas al enemigo para derrotar al enemigo, serás poderoso dondequiera que vayas.

Sun Tzu, *El arte de la guerra*

UNO

ABREVAR

Las últimas cicas del bosque quedaron atrás, maltrechas, y llegamos a una construcción de ladrillo. De ladrillo.

Lo nunca visto.

El trapo había explicado muchas veces cómo eran los lugares así al contar sus aventuras en el desierto, por lo que identifiqué aquella locura nada más verla: casas de piezas, bloques idénticos de piedra hecha, sin tallar. No las había imaginado tan sólidas y perfectas.

El ladrillo estaba plantado allí en medio, toda una urbanización de rocas unidas como un rompecabezas. Tosca y pintada de blanco, cuadrada. De ventanas cuadradas también. Se me hizo demencial, una ciudad que parecía de juguete.

Me habría quedado prendado estudiándola, pero ya tendría tiempo. Aparte de abochornado por el calor, estaba drogado y malherido. Usaba a la araña de hierro como carretilla. La ciudad se nutría del oasis al que emergimos tras una odisea subacuática y nos recibía con ventanas acristaladas, pero rotas todas por la tempestad y el eclipse que nos había dado la bienvenida cuando el Desierto del Mediodía bostezó rocas y arena.

Calles en silencio, quietas, repletas de enseres abandonados al capricho de la catástrofe. Un camastro desvencijado. Pedazos de un material que nunca había visto y que formaba el caparazón de carruajes extraños. Ropa de texturas irreconocibles. Cinco bolsas de apertura endiablada y tremenda dureza habían resistido la tempestad sin abrirse ni reventar. Contenían ropa. Con el pico del ocho, la minera las acercaba a la sombra de las balconadas, de la que

no se despegaba; las abría y se tronchaba de risa al examinar las prendas.

–Yo este sitio lo conozco –dijo el trapo, achinando los botones–. Y no es un mal oasis. Veníamos a alternar entre asalto y saqueo. Pero está más raro que un piojo verde. En estos sitios conocen bien los eclipses; no los reciben en bragas.

–Quizá no lo marcaban sus calendarios –dije con dolor de mandíbula–. ¿Cómo es el primer poder de los astrólogos, «Conocer las tormentas de fase y demás fenómenos del cielo»... antes que los demás?

–Entonces, ¿esta devastación es porque el viejo nos cambió de sitio el sol? ¡Vamos, no me jodas, Alguacil!

–Solo era teatro de caracoles –añadió Wing Melin–, del habitual para controlar a las masas crédulas. El viejo sabía cuándo iba a producirse el eclipse, igual que yo si hubiese consultado las efemérides. Lo escenificó para que creyéramos que es poderoso.

–¿Para ti el animismo es solo apagar y encender luces? –preguntó la Regidora.

–Pirotecnia todo –insistió la teniente–. No se puede desviar la trayectoria de los cuerpos celestes.

–Discrepar –dijo la voz entrecortada de Angus desde debajo del mueble que lo protegía del sol.

Seguimos caminando, penosamente. El suelo quemaba tanto que no nos atrevíamos a aflojar la marcha ni a detenernos.

–¿No has visto hechicerías suficientes? –insistió la Regidora, negando con la cabeza como reproche a Wing Melin–. Tu falta de fe es también una forma de fe.

–No es que la quinética no sea real. Lo que digo es que los grandes poderes que viven de ella van a menudo de farol, con fantasmadas y basura nuclear que los magos hacen pasar por magia, y que solo controlan ellos. Como cuando sembraron las primeras religiones. En mi mundo son todas ilegales –dijo Wing, en la lengua crepuscular

que compartíamos. En la lengua del templo añadió un comentario para mí—: Fraude. Esa palabra. La mayor parte de vuestra astrología es solo una pizca de simbiosis con mucha mucha estafa.

—Ya, mucha estafa que ha estado a punto de tumbarte la nave dos veces —susurré. Me encantaba tener nuestra lengua privada.

Pasamos dos casas más. Pico Ocho padecía mucho la temperatura, pero no dejaba de escarbar la basura. La Regidora caminaba estudiándolo todo desde el punto de mira del arcabuz. Angus se derretía, dejaba al paso un rastro de baba y gelatina. Las fachadas se volvían cada vez más uniformes y cuadrículadas, ofreciendo menos balconadas que resguardaran del sol. Avanzábamos ya casi por un mísero pasillo entre las casas, y Angus apenas conseguía proteger el monstruoso caparazón de aquel sol asesino, por mucho que se pegara a la pared fresca.

Sin linimentos, apenas unos segundos sin sombra bastaban para provocar llagas y hasta quemaduras internas. Sobre todo a alguien como Pico Ocho, que de pronto estaba sacando cosas del carril de los carruajes con la *naginata* de Angus para llevarlas a la sombra de un portal. Si aquel sol te tocaba, te escaldaba como una tetera recién salida del fogón.

Ni un cartel, ni un alma. Nada. Todo barrido por los azotes de arena y las llamas del desierto.

—Es la segunda vez que llegamos a un sitio supuestamente habitado y lo encontramos vacío —dijo Wing, cambiando de tema.

—La tercera, mi teniente —dije yo—. Que tu ciudad era todavía más fantasmal que esto.

Todo lo que había eran edificios abandonados o, algunos pocos, chamuscados. Ardían mal. No le pasaban el fuego al vecino. En el Desierto del Mediodía saben construir. No me entra en la cabeza cómo, pero así es. ¿Será por cómo hacen los ladrillos? De ser simple piedra, no re-

sistiría muchos años al sol sin partirse. La argamasa con la que se unen los ladrillos, además, parece viva, capaz de dilatarse y contraerse enseguida para soportar los cambios de temperatura de los eclipses. De esta manera, con cada tránsito de Jiangnu, la ciudad entera respiraba, sin toser. A saber de qué molusco saldría aquella cementación.

Cruzamos los vestigios de un parque de cicas con un templete en el que hubo columpios. Quedaba poco más que unos árboles tronchados, reducidos al tronco, junto a hierros de amasijo. El tobogán, flácido, lánguido, fundido como el ámbar a medio derretir.

–Es como si lo hubieran bombardeado –dijo Wing Melin.

–Si en algún momento los sobrevuelan escuadras de escarabajos bombarderos, ahí donde ves vidrios rotos –dijo el trapo, señalando una ventana con todos los dedos de su cuerpo– se despliegan placas de metal. Aquí ha pasado otra cosa, algo chungo.

–¿Adónde rayos nos llevas, trapo? –dijo la Regidora.

–Al bar, evidentemente.

–Trapo –exploté–, ¿a que te doy de patadas hasta en la mala sombra que tienes?

–No quiero seguir en este cuerpo de hojalata ni un segundo más, jefe.

–Pero ¿por qué al bar?

–Menuda pregunta de mierda. El epicentro de todo núcleo habitado en medio del desierto es la taberna, y si andamos en línea recta daremos con ella, que este sitio tampoco es tan grande. Tú déjame a mí, que sé cómo van estos chiringuitos, y en este me he corrido más de una juerga. Quieres ir al bar, ¿no? Pues ahora mismo, tira por la calle principal y ya. Repite putamente conmigo: quiero ir al bar. Vamos, sé que puedes.

–Dudo que encontremos a las autoridades religiosas de este sitio en el bar –dijo la Regidora–. Seguro que no

pisan antros tabernarios.

—¡Y una caracola en patinete! —explotó el trapo—. Si pretendes hablar con los clérigos locales, resulta que aquí no han visto uno en siglos. Intérprete, ¿cómo dirías «autoridad religiosa» en la lengua de ese rótulo?

La babosa respondió durante una cantidad de tiempo insoportable. La jerigonza que hablaban en aquel lugar apenas sonaba a lenguaje.

—Pero, a ver, ¿aquí tampoco hay Gobierno? —insistió la Regidora.

—¿Qué significa «Gobierno» en un sitio así? Donde no hay mina, no hay capataz —dijo Pico Ocho, interrumpiendo a la babosa traductora. Luego la miró directamente y le preguntó, en lengua minera—: ¿Qué dice ese cartel? —Señalaba la inscripción de una casa con el piolet.

—Abrevadero —contestó el simbiote, primero en nuestra lengua y luego en la suya. Aquel bicho traducía cada vez mejor.

—Abrevar —sollozó Angus. Y, deslizándose por la fachada como llevado por una tempestad de fase, corrió al interior del edificio.

Que no era más que un atrio.

Dentro tenía fuentes. Secas. Y cadáveres.

De tanto en tanto nos topábamos con esqueletos ennegrecidos, pero no habíamos visto astillas de caparazón. Y tampoco cráneos sin opérculos simbióticos.

Echamos de nuevo a andar. El lugar empezaba a gustarme menos aún que la ciudad de las luces muertas.

—¿Gobierno? Ay, Regidora, qué cosas más graciosas dices. El trapo sí sabe cómo va el mundo: unos hacen bien, otros hacen mal, y todos luchan y mueren en minas iguales, en covachas iguales, en exilios similares... ¿Qué esperabas encontrar en los arrabales de exilio de tu especie?

—No sé, algo más que un bar.

—Es un planeta de exilio —murmuró Wing.

—El bar es el alfa y el omega de toda civilización que se precie —siguió predicando el trapo—. Levantas un garito digno a las puertas de un oasis y, con el tiempo y los trapi-cheos de los bandidos, alguien pone al lado un puticlub. Después se une a la fiesta un casino, o un fumadero de setas. No tarda en instalarse un pianista; luego un espabillado planta al lado del burdel un invernadero de hormigón, para cultivar comida, con su insectario acristalado detrás. Y ya tienes el restaurante, que enseguida hace que se mu- de al pueblo un comerciante, que monta un bichario, im- porta un avispero o fleta una caravana de escorpiones... Cada tinglado termina trayendo detrás las casas de las fa- milias que lo llevan, que viven del lugar y se arrumban a vivir en él. Con el tiempo te encuentras en medio de otro lugar de paso, y al poco se las pretende ciudad y comien- za a horadar su propia red de galerías. En fin, es lo mismo que hacen las plantas: el viento las trae y ellas arraigan.

—¡Menuda sarta de pamplinas! —dijo Wing Melin—. Es el típico diseño de unos tristes *zaibatsus* coloniales. Un carguero pesado, unas pocas dependencias de edifica- ción rápida anexas y listo. Buscan afloramientos estables, trasplantan vegetación a medida para terraformarlos y lue- go convocan colonos.

—Oh, esos sitios están casi todos abandonados, que los levantasteis con el culo y se secaron enseguida —dijo el trapo mientras sorteaba una estatua absurda que nos ce- rraba el paso—. Esto es un poblacho guapo, de los que fundó mi pueblo. Está pensado para los que navegan bajo la arena o para visitarlo en escorpión. Todos están muy cerca unos de otros y se parecen putamente: orbitan la ta- berna. Así es el sur —sentenció, abriendo los brazos de metal en cruz, con un gesto teatral, mientras se volvía a mi- rarnos sin dejar de caminar—. ¡Bienvenidos al Desierto del Mediodía, donde siempre luce el sol! Aquí, ni puestas ni tormentas de fase, solo la luna, que se pone loca y lo tras- torna todo. El bar es el primero en abrir y el último en ce-

rrar cuando las cigarras cantan a siesta. Si queda alguien vivo, seguro que se fue al bar tan pronto como dejó de machacarle el cielo. Dadme cuartelillo y confiad un poco más en mí, que cuento unos pocos siglos de bregar por aquí.

Una sombra se deslizó por las fachadas y miré al cielo para ver qué clase de bestia voladora proyectaba algo tan grande.

El sol me cegó, y no vi más que fuego y más fuego sobre nuestras cabezas. La sombra no era tal, sino una enorme araña de las cicas, que corría negra entre las ventanas de los edificios.

La araña había podido guarecerse... ¿y la gente no?

Las cigarras de la foresta sonaban cada vez más lejos cuando alcanzamos una plaza enorme.

Con una fuente de cristal en medio. Una fuente en el desierto.

Cristales. Tallados. La tormenta no había podido con la escultura. Había algún vidrio suelto por el suelo, y grandes manchas de sangre, pero pocos cadáveres. De nuevo, ninguno había muerto con el simbiote. Casi todos los cadáveres tenían opérculos.

¿Los caracoles los abandonaron? ¿Se despertaron sin ellos en plena noche y corrieron a morir a las plazas? ¿Se los quitaron?

—¿Qué ha pasado aquí? —murmuré.

La escultura era hermosa. Un prisma translúcido, parecido al monolito que vimos en las ruinas de los Antiguos. Meter los ojos en él era ver la luz descomponerse y arrojar unos haces que habría que sortear, como los que entraban por tragaluces. El aire ardía a su paso: quemaban el polvo.

Era un monolito de cristal formidable, destacaba en el conjunto.

Pero al lado tenía el bar.

Y dentro sonaba música.

DOS

VENGAN A LA CANTINA, CABRONES

Un garito vacío, todo sillas libres. Barra con pegotes, cero gentes.

Muebles de maderas nobles. Mesas reseca, sin jarras pero profusamente grabadas a cuchillo, forradas de obscenidades, palabras extrañas, escrituras que nunca había visto, monigotes, fechas de calendarios imposibles. En las paredes había carteles absurdos y desleídos, todo caras de bandidos infestados o mal simbiotizados, ojos de locos, cifras al pie. Por las telarañas estropajosas que alojaban los aventadores del techo se diría que no habían movido las aspas en décadas.

Pero lo que me marcaba la babosa como veneno, peligro y amenaza desde arriba era la araña gigante que dominaba el recinto desde lo más alto y tosco del artesonado. Nos observaba apostada entre dos poderosas traviesas de madera de equiseto petrificada, con los ocho ojos bioluminiscentes llameando. Sospeché que estábamos justo donde cazaba la cena.

No era una lámpara; era la señora de la casa. O la señora de la barra, toda ella interminable. De madera resinosa, una viga enorme de lepidodendro negro. A un lado del tablón estaba la pista, fuese de baile o de combates, el escenario vacío del *saloon*, y nosotros entrando deshidratados, doblados por el chaparrón de sol.

Al otro lado del leño apareció Odio Barra.

El cantinero, sí. Emergió entre nosotros y las botellas, barman y dueño, juez y parte. Se puso a frotar vasos de ámbar con un paño limpio y bien bordado. Junto al brazo diestro había dejado un arma como el arcabuz de la Regi-

dora, pero más pequeña y elaborada, pensada para manejarse a una mano. Un ingenio interesante que luego aprendí a llamar escopeta. Junto al otro brazo, el zurdo, el que estaba rematado por una pinza de crustáceo y forrado de placas de exoesqueleto articuladas por media docena de codos, Odio Barra tenía un artefacto de metal que expulsaba a la atmósfera un absurdo de música enloquecida.

—¿Qué pasó? —dijo tras un bostezo y tras silenciar el aparato de un manotazo. Arrastraba mucho acento y nos estudiaba con descarada curiosidad—. Ustedes huelen a moco del caracol de la pus, forasteros. ¿Ecuatoriales? ¿Náufragos? ¿Fugitivos?

—Odio Barra, so pringado —dijo el trapo—. ¿Es que no me reconoces si me cambio el maniquí?

—Tú..., ¡pinche guante para las diarreas!

Tras darse la mano efusivos, lo que para el guante para las diarreas sería como un abrazo, se pusieron a vociferar en lengua vernácula, cruzando mil frases que no se sabía si eran improprios o brutales fórmulas de bienvenida y reencuentro. La babosa de Pico Ocho vibraba como si fuera a explotar en cualquier momento. Yo ni me planteaba pedir traducción de la jerigonza.

—Este capullo es Odio Barra —nos explicó enseguida el trapo, pasándose a la lengua del Círculo y señalándolo con la manopla abierta—. Mira que hacía que no nos veíamos, y está como si los años no le pasaran por dentro peor que los eclipses. Tendría que haberlo adoptado en simbiosis hace mucho, pero no pudo ser. Siempre me pasa lo mismo con los fulanos divertidos, cuando...

—Beber.

—¿Tienes agua? —preguntó la Regidora con un suspiro.

—Beber. Beber.

—Dos témpanos del tres y un cuarto y una fuente de escarcha —pidió el simbiote traductor de Pico Ocho. Como si estuviéramos en la taberna de un tajo en el hielo.

Odio Barra había dejado de secar la vajilla y estudiaba con obscenidad las armaduras de vidrio que llevábamos Wing y yo.

—¿Y ustedes qué hacen con el pendejo del trapo, si son una pareja de chinos? Esta concesión no es de su competencia, cabrones. No veía yo amarillos desde antes de comenzar a afeitarme.

—Venimos sin licencia —respondió Wing Melin, con sarcasmo y cierta sorpresa—. Llevar acreditaciones a un refugio de parias y bandidos no nos parecía lo más adecuado.

Se encararon de repente.

—Parias y bandidos... que dan de beber.

—¿Esto no es un bar?

—Esto es una cantina. Así que cáigase con la lana, bruja chale, o salga derecha a la calle para que el sol se la coma viva y las moscas violen su cadáver. Aquí todas las almas pagan, hasta los pinches amigos del trapo.

—¡Ni de coña! ¡Aquí paga el trapo! ¡Me cago en la puta, qué ganas tenía de hacer esto! —Abrió la panza, sacó cuatro de los diamantes que le había dado el Astrólogo y los estampó contra la barra.

La íbamos a tener. Lo supe por el crujido de la madera primero y por la punzada de la babosa en el hombro después.

TRES

NO ERAN ESTACIONALES NI ESTABAN DE PASO

Vomitó por segunda vez, y las arcadas me hicieron desoír a Asistencia recitando mil cosas incomprensibles sobre mi estado, la medicación y lo que me había dado Odio Barra.

Un brebaje peor que ningún hongo.

Whisky. Pensé que sería algo para beber, para la sed o placentero, pero era como tragarse el sol.

No comprendía cómo era capaz de echárselo al colete Wing Melin, sorbito a sorbito de un vaso de ámbar. La primera vez que la veía tomar algo que nos ofrecía el camino, y era para drogarse. Sin dejar de trabajar.

–Odio Barra –le dijo, estrenando el nombre con una sonrisa juguetona–, ¿adónde ha ido todo el mundo? ¿Qué ha pasado?

–Mucho quiere saber la oficial sin tropa... ¿Qué andan haciendo por mi taberna y cómo es que no se matan entre ustedes?

–Oh, es una historia muy larga para tan poco whisky.

–Beber. ¡Beber!

–Odio, ¿qué te aporta el simbiote de pinza? ¿Me lo cambias por una manopla sobona muy sexy?

–No me vale una que platique por mí –dijo Odio Barra, que chasqueó la pinza de cangrejo al tiempo que negaba con una sonrisa y vertía con la otra mano una jarra de agua en la jofaina de la que Angus no apartaba la cara.

–Bah, podríamos arreglarlo. ¿Quién necesita controlar el habla? Si te meto solo la puntita...

–Beber.

–Eso, beber. Pico Ocho quiere más del tequila este.

–Pendeja que parece una moneda de siete dólares de rodio –le dijo Odio Barra a la picahielos, escudriñándole el gris de los ojos, tan enrojecidos–, eso cuesta lo que dos como tú.

El nautilo de la minera se encendió con la luz que usaba cuando su anfitriona se ponía violenta, y hasta Odio Barra supo reconocer qué tenía delante.

–¿De veras sale de los túneles? –preguntó mientras le preparaba la bebida–. Pues no comprendo ni cómo el sol no la ha dejado ciega de camino... ni por qué no está pedo todavía. ¿De qué circo los soltaron, trapo? Algo he viajado, pero ni tanto para imaginar de dónde sacaste a estos cuates. ¿Lo dices ya o cuando estés pedo?

–Vale, te contamos nuestra historia y tú nos cuentas la de este sitio –dijo la Regidora, señalando el barril de gemas con la cabeza–. Y te ganas el jornal mientras.

–Güera que calza de sombrero el oteador de Miyamoto el Cabrón, usted primero dígame qué le pasó a Miyamoto.

–Odio, mejor te lo cuento yo: Cabrón murió llevándome puesto, conmigo en la mano. Ocurrió en el Agujero, el helor lo devoró.

Odio Barra frunció el entrecejo.

–¿Qué agujero, calaverón?

El trapo asintió despacio con la cabeza de hierro al tiempo que formaba una sonrisa maligna con la manopla.

–¡No mames! Se ve de lejos que son náufragos, y se conoce que tus cuates siempre tienen que ser broncos. Lo que me deja apantallado es que el hijo de la chingada de Miyamoto llegara vivo hasta el norte.

–¿Náufragos? –quiso saber la Regidora.

–Náufragos, sí. Gente del norte que emerge aquí y...

El trapo hizo gestos de que le dejáramos a él: levantó la marioneta bien extendida, como el que levanta la palma de la mano para pedir la voz y silencio.